

CARTA A MI MADRE

Te veo mamá, y me veo en ti. Me veo en tus grandes virtudes y me veo también en todo aquello que me juré a mí misma que jamás repetiría. Solía pensar en lo avergonzada que me sentiría si llegara a parecerme a ti, que borré de mi percepción todo rasgo que me identificara con ello. Pronto descubriría que todo aquello que me negaba a ver se manifestaba con más intensidad para que prestara atención, irónicamente huir de ser como tú, ¡me acercaba más a ser como tú! Cuando logré ser capaz de reconocer esta dinámica, es que pude sanarme a mí y sanar mi linaje femenino y sané toda lealtad a huir, tratando de no ser, en vez de establecerme en el Ser.

Te agradezco hayas aceptado la ardua tarea de ser mi madre. Te libero de toda idealización que yo haya formado de la madre perfecta y de mi insatisfecha necesidad de que cubrieras todas mis expectativas. Olvidé verte como mujer, como esposa, como hija, como Ser; mi egoísmo quiso encasillarte en el rol de madre y te llené de la carga de mi ideal sin considerar tus propias necesidades de camino. La ilusión me cegó y no pude ver que eres perfecta, eres tal cual te elegí y tal como necesitaba mi alma para aprender, ahora sé que contribuiste impecablemente a la evolución de mi Ser.

Agradezco hayas sido el nido de amor que diera vida al maravilloso cuerpo que yo vendría a habitar sabiendo de antemano todas las vicisitudes que éste traería consigo y elegí conscientemente las lecciones que de él quería aprender. Tu capacidad de recibirme calurosamente, me enseñó a apapacharme; tu aceptación incondicional, me invitó a amarme tal cual soy; el hogar que hallé entre tus brazos, me impulsó a establecer mi hogar en mi misma, ser mi centro. Con tu forma de ser mamá se forjó la forma en que yo sería mamá para mí misma. Y todo lo que haya en mí pendiente por sanar, lo asumo como mi responsabilidad.

Pido perdón por toda historia de sufrimiento que yo, desde mi ignorancia e inmadurez, haya cocreado contigo. Lo siento, dormía pero ya desperté. Desperté al amor que siento por ti. Amor al ser divino que eres más allá de tu etiqueta de "madre". Amor sin títulos y sin apegos, dos Seres amándose en su libertad de ser.

CARTA A MI PADRE

Honro mi linaje masculino y te honro a ti papá, por ser el paciente agricultor de mi alma pues, tras haber sembrado tu semilla, cultivaste con amor y entrega aún sin poderme sentir dentro de ti. Recibiste tu cosecha con la más delicada ternura y construiste un cordón de corazón a corazón, para unirte conmigo en amor.

Te bendigo porque de ti he aprendido cómo protegerme, proveerme, cuidarme, guiarme. Y, si hubieron algunas carencias, sé que fui yo quien te eligió así para, precisamente, aprender de esa experiencia.

Me responsabilizo de todo aquello que yo acepté e integré en mí como verdadero. Reconozco que tú cumpliste tu labor de la mejor manera posible de acuerdo a tus propios recursos y dando cumplimiento al contrato de alma que ambos acordamos. Nos perdono por cualquier sufrimiento que hayamos cocreado y nos agradezco las lecciones que de éste obtuvimos. Nos libero de toda historia de dolor, de miedo, de enojo, de tristeza y su consecuente karma en nuestras vidas.

Sé que me he convertido en quien hoy soy gracias a tu aportación a mi vida. Todo lo que necesite corregir y mejorar es ya labor mía y me sé acompañada por ti en cada paso, pues el cordón que entreteje tu corazón al mío es inquebrantable y siempre palpitante.

Es tu mirada la que me ha enseñado a ser mirada y reconocida por los hombres. Es tu amor el que me ha mostrado cómo merezco ser amada. Es tu misericordia la que me ha dado confianza para mostrar mi fuerza. Son tus caricias las que han dejado memoria en mi piel para sólo permitirse ser tocada por el otro en total amor y entrega. Asumo mi proceso y la responsabilidad de sanar con los otros hombres de mi camino todo lo que haya quedado pendiente contigo.

TE AMO.

GRACIAS.

Cecil Tavera
Psicoterapeuta Transpersonal, Escritora y Conferencista